



EL MAUSOLEO DE HEINRICH SCHLIEMANN

SITUADO EN EL CEMENTERIO PRINCIPAL DE ATENAS (GRECIA)

M. Teresa Magadán

Doctora en Prehistoria y Arqueología
tmagadan@icac.cat

Heinrich Schliemann, el legendario descubridor de Troya, Micenas o Tirinto, constituye una de las personalidades más fascinantes de la historia de la Arqueología. Su vida, digna de la de cualquier aventurero, y su carácter, una mezcla de tesón y ambición sin límites, le han hecho merecedor de los más altos elogios, pues no cejó nunca en sus empeños y logró hacer realidad todo aquello que se propuso.

Evidentemente no todo en su vida fue tan idílico como él mismo nos quiere hacer creer en su autobiografía. Tal como han señalado biógrafos recientes, era una persona de carácter agrio y esquivo, despótico con ayudantes y subordinados, con tendencia a mentir y falsear si con ello conseguía sus propósitos, y bastante megalómano, hasta el punto de inventar o, al menos, embellecer sus circunstancias personales para provocar mayor ad-

miración. Era, en cierto sentido, un hombre con dos caras, capaz de las mayores mezquindades y, a la vez, de sentir amor filial por un padre que nunca se ocupó de él; de sostener económicamente a los hijos habidos de su primer matrimonio, pese a haberlos abandonado para seguir su sueño de instrucción académica; de obligar a trabajar a los empleados de su banco en Sacramento todos los días, fueran laborables o no, y al

mismo tiempo ofrecer gratificaciones a los trabajadores en Troya como incentivo; o de hacer la vida imposible a alguno de sus colaboradores hasta el punto de casi enfermar, frente a la profunda y duradera amistad que mantuvo con otros.

Esta doble faceta, la externa que tiende a la megalomanía, y la personal, marcada por un sincero amor a los suyos, se puede observar de ma-

nera fehaciente en el mausoleo que mandó construir para él y su familia en el Cementerio Principal de Atenas (*Próto Nekrotaféio*), en cuya decoración quiso incluir los hechos de su vida de los que se sentía especialmente orgulloso.

Nacido el 6 de enero de 1822 en la pequeña localidad de Neubokow (Mecklenburg-Schwerin) junto al Báltico, Schliemann pasó los primeros años de su vida en Ankersagen, población ubicada algo más al oeste, donde su padre había sido destinado como párroco. Éste fue el primero de los numerosos cambios de domicilio que, a lo largo de su vida, le llevarían desde varios puntos de su Alemania natal a Holanda, Rusia, Francia, América y finalmente a Grecia, sin contar los viajes que realizó a lo largo y ancho del mundo y que él consignó en sus diarios. Durante ese tiempo adquirió diversas casas y posesiones, tanto en América como en Europa. Sin embargo, fue en Atenas, ciudad en la que se había instalado definitivamente desde 1869 tras su matrimonio con Sofía Engastróménou, su segunda esposa, donde eligió construir su morada definitiva, aquella que debería servir de recuerdo perenne de su figura y de sus logros a las generaciones futuras.

Metódico, escrupuloso y meticuloso hasta la saciedad, Heinrich Schliemann planeaba con sumo cuidado todos sus pasos. Por consiguiente, no es extraño que en torno a 1885, cumplidos los sesenta y aquejado de mala salud, considerara la posibilidad de adquirir una parcela en el cementerio de Atenas. Hombre concienzudo hasta el punto de conservar cualquier factura, billete, recibo o documento –incluidas copias de las cartas que remitía– relativo a su trabajo o vida personal, es normal que tomara la iniciativa y preparara un bosquejo del tipo de panteón que deseaba.

Desgraciadamente, la fecha en que tomó la decisión y los primeros pasos del diseño del mausoleo resultan difíciles de precisar, pues, a diferencia de lo que es habitual en todo lo referente a Schliemann, no se poseen documentos precisos al respecto. La viuda de Schliemann, Sofía, conservó todos los papeles de su marido, que fueron cedidos después por sus hijos, Agamenón y Andrómaca, a la Biblio-

teca Gennadius de Atenas para ser custodiados y estudiados. Sin embargo, entre toda esta documentación, tan sólo el testamento y una carta enviada a su fiel colaborador Rudolf Virchow arrojan cierta luz sobre la idea inicial de Schliemann. Información adicional, aunque contradictoria, aportan dos biógrafos del matrimonio, que fechan la decisión uno en 1885 y otro en 1887.

La carta a Virchow, datada el 15 de enero de 1885, da a entender que por esas fechas Schliemann había empezado a sopesar la idea de encargar una tumba. *“Ayer en la iglesia me di cuenta que muchos hombres ilustres descansan en simples tumbas, y se me ocurrió que tal vez podría estipular en mi testamento que se destinasen 70.000 francos (= dracmas) para el panteón familiar”*. Irving Stone, autor de una biografía publicada en 1975, sitúa también en 1885 el deseo inicial de adquirir un terreno para la tumba a raíz del fallecimiento de la madre de Sofía.

Según el biógrafo, Schliemann empezó a trazar un diseño y, al ser preguntado por Sofía, respondió *“tengo ya 63 años y varias enfermedades empiezan a aquejar mi ya maltrecho cuerpo. No quisiera morirme y que mis restos tuvieran que ser desenterrados 3 años después. Ni tampoco los tuyos. Voy a fijar en mi testamento que se destinen 50.000 dracmas para una tumba y que Ziller se encargue de la obra”*. Si bien aquí las cantidades difieren, coinciden en la fecha. En cambio, Lynn y Gray Poole, autores de una biografía aparecida en 1967, consideran que fue en 1887 cuando Schliemann decidió comprar el terreno.

Fuera 1885 o 1887, lo cierto es que el testamento incluye un contrato notarial fechado el 21 de noviembre de 1888, por el cual Heinrich Schliemann encarga al arquitecto Ernst Ziller, autor asimismo de la residencia de los Schliemann en Atenas, que se ocupe de las obras, estipulando la cantidad de 50.000 dracmas para ello. Al parecer, el contrato iba acompañado de un dibujo, pues Ernst Ziller lo reproduce en un artículo publicado en 1894. Otros dibujos de Ziller, con el alzado frontal y lateral, conservados en la Pinacoteca Nacional de Atenas, permiten comprobar que entre el diseño inicial y el definitivo se introdu-

jeron pequeñas modificaciones que afectaron a la decoración pero no al edificio en sí. De hecho, los dibujos coinciden con las descripciones que se publicaron en los periódicos alemanes tras su ejecución.

El párrafo 29 del testamento, en el que se acuerda todo lo anterior, revela de manera diáfana el carácter de Schliemann y su modo de proceder, pues en él declara: *“es mi deseo que mis restos y los de mi esposa Sofía, así como los de mis hijos y descendientes, descansen juntos en la parte más alta del gran cementerio de Atenas. Adjunto el diseño del arquitecto Ernst Ziller, con quien hemos llegado al acuerdo de construir el mausoleo por la cantidad de 50.000 dracmas. Expreso a Ziller mi deseo que la cámara tenga bóveda y que el interior se pinte, una vez contratado el pintor, con motivos pompeyanos y de Orcómeno. Deseo asimismo que el comandante Drósinos se encargue de supervisar las obras y, en caso que no pueda hacerlo, se busque otra persona de total confianza”*. Queda claro que Schliemann planeó su última morada con la misma meticulosidad con que afrontaba cualquier situación. Por consiguiente, la elección del material, el diseño del edificio y la decoración que lo acompañan han de entenderse como un auténtico testamento visual, en el cual Schliemann quiso reflejarse y mostrarse en todo su esplendor para que las generaciones futuras pudieran seguir admirando su obra.

Schliemann junto a su esposa, cuyos restos descansan en el mismo panteón.



“Sobre 1885, cumplidos los sesenta y aquejado de mala salud, Schliemann consideró la posibilidad de adquirir una parcela en el cementerio de Atenas”

Frente a la rapidez con que Ziller edificó la vivienda de Schliemann, la construcción del mausoleo fue en cambio una obra a largo plazo. Y así ocurrió lo que Schliemann tanto había temido en vida. A su muerte, ocurrida el 26 de diciembre de 1890 en Nápoles, el mausoleo no estaba a punto –quizá ni tan siquiera había empezado a edificarse– y Schliemann hubo de ser enterrado en una tumba provisional hasta que se terminó. Es decir, su cuerpo hubo de ser desenterrado y enterrado de nuevo, esa visión que tanto le horrorizaba. De hecho, se desconocen las razones del retraso, al igual que las fechas de inicio y finalización. El único documento que se posee es un recibo emitido en enero de 1892 por el cementerio que detalla el pago de 1.050 dracmas por el derecho a utilizar la tumba sita en el número 580 del sector 4 del primer cuadrante del cementerio.

El retraso en el inicio de las obras pudo deberse tanto a los compromisos de Ziller como a la gran actividad de Schliemann. Queda descartado algún contratiempo económico, pues Schliemann había amasado una gran fortuna y, pese a los numerosos gastos –familia y vivienda, financiación de excavaciones y publicaciones, viajes, médicos, costas judiciales y donaciones–, la cantidad requerida no era excesiva. Es más, las inversiones que había realizado en Estados Unidos y Cuba debían de haberle proporcionado bastantes dividendos. Es posible que Ziller y Schliemann no terminaran de decidir los pequeños detalles de la decoración y que la decisión final se fuera posponiendo.

Ziller, alemán como Schliemann, se había convertido por entonces en el arquitecto predilecto de la clase acomodada ateniense. A él se deben la mayoría de las mansiones de la alta burguesía, hoy reconvertidas en ministerios o museos, y numerosos edificios públicos en toda Grecia, entre ellos la sede histórica del Banco Nacional, la Academia Militar, diversas estaciones de ferrocarril, teatros, iglesias, hoteles, así como varias dependencias reales, incluido el palacio real de Tatoi, residencia veraniega de los reyes helenos, propiedad de Constantino de Grecia hasta 1996 cuando fue confiscada. Desde entonces, y pese a la resolución del Tribunal de la Haya de 2003 que obligó al go-



El busto de Schliemann decora la cara principal del mausoleo.

bierno griego a devolver o, en su defecto, indemnizar al monarca exiliado, esa magnífica obra de Ziller sigue sin uso definido y en total abandono. Lo mismo puede decirse de la tumba del arquitecto, enterrado en el mismo cementerio que Schliemann en un sector menos privilegiado, cubierta hoy por la maleza.

Ahora bien, si Ziller había de completar varios encargos, Schliemann no le iba a la zaga. Tras la publicación de la excavación de Tirinto en 1885, Schliemann realizó varios viajes. El primero, en 1886, a Creta con vistas a adquirir los terrenos de Cnoso, donde deseaba excavar también tras enterarse de los primeros hallazgos. Por desgracia, la operación se truncó a causa del precio abusivo exigido por el propietario turco, debiendo abandonar la idea tras un nuevo viaje en 1889, lo que le privó de otro hallazgo deslumbrante. Con anterioridad había viajado a Cuba para poner orden en las inversiones que allí tenía. Después recorrió dos veces Egipto (1886-7; 1888), la segunda con Wirchow, hecho que aprovechó para efectuar una breve excavación en Alejandría mientras esperaba a éste, que vino

a sumarse a otra que había realizado en diciembre de 1887 en la isla de Citera, y tres más en Pilos, Kalamata y Esparta entre noviembre y diciembre de 1888. Asimismo, 1889, el año anterior a su muerte, fue uno de los más activos de toda su vida. Ese año efectuó la que sería su última campaña de excavación en Troya, si bien delegó el grueso del trabajo en su ayudante William Dörpfeld, a causa tanto de la edad como de la salud. Su precaria salud se había visto afectada por el malestar que le provocaban las críticas de algunos eruditos sobre la honestidad de sus hallazgos. Por eso, decidió organizar dos conferencias en Troya, la primera durante los meses de noviembre y diciembre de 1889 y la segunda en marzo de 1890, a las que asistieron sus detractores y que se saldaron con la reputación de Schliemann totalmente a salvo.

Fue durante la campaña de 1890 y del viaje que, junto con Wirchow, efectuó por la Tróade, cuando se agudizaron sus problemas de oído. Schliemann había sido siempre un hombre de complexión fuerte, que había superado un brote de fiebre amarilla en California y una malaria

en Grecia, y que tenía por costumbre nadar diariamente hiciera frío o calor. Su punto débil era el oído y, mediada la cincuentena, esa patología empezó a manifestarse de manera progresiva en forma de infecciones que le provocaban mareos, vértigos, dolores de cabeza y sordera progresiva. Durante ese tiempo había consultado varios especialistas, pero nunca se había tomado demasiado en serio su enfermedad hasta 1890. Presionado por Wirchow, decidió visitar a un especialista de la ciudad alemana de Halle, quien le aconsejó someterse a una operación, cosa que hizo en el mes de noviembre. La operación resultó satisfactoria en opinión del médico, aunque Schliemann seguía padeciendo fuertes dolores de cabeza. Un examen posterior dictaminó que la membrana interior del oído había quedado dañada durante la operación y, por consiguiente, debía permanecer en el hospital.

El último viaje I Al cabo de un mes, viendo que la mejora era parcial, Schliemann decidió partir hacia Grecia para pasar las Navidades con la familia. El médico desaconsejó el viaje, pero nada pudo contra su determi-

nación. Schliemann abandonó Halle, visitó a su amigo Wirchow en Berlín, quien lo encontró relativamente bien, se detuvo varios días en París, donde tenía casa y en donde se hizo la última fotografía que se conoce de él –la de un hombre enfermo y cansado–, y se dirigió a Nápoles para tomar un vapor que le llevara a El Pireo. Mientras esperaba la salida del barco, aprovechó para visitar de nuevo Pompeya el día 24 de diciembre, si bien dado el persistente dolor de oídos se había visto obligado a acudir a un especialista el día 23. El 25 de diciembre, Schliemann se desplomó en plena calle Toledo mientras se dirigía a la consulta. Iba indocumentado y su aspecto le hacía parecer más bien un mendigo, de ahí que tardaran en socorrerle.

Cuando descubrieron su verdadera identidad, una cohorte de médicos se puso a su servicio, en vano. Schliemann moría al día siguiente, 26 de diciembre. El certificado médico específica una meningitis como causa probable de la defunción, acompañada de afasia y paralización del lado derecho. Es posible además que la infección hubiera penetrado en el cerebro y hubiera padecido una

trombosis. Su habitual desobediencia le había costado esta vez muy cara. Schliemann no llegó a tiempo de celebrar la Navidad con su familia, pues por entonces Grecia seguía aún el calendario juliano, en el cual el 25 de diciembre caía el 6 de enero de nuestro calendario, precisamente el día del cumpleaños de Schliemann. Hubiera cumplido 69 años.

Una vez notificado el deceso a la familia, un cuñado y su ayudante William Dörpfeld se personaron en Nápoles para repatriar el cadáver. El cuerpo de Schliemann llegó a El Pireo y fue trasladado inmediatamente a su vivienda, donde fue expuesto públicamente para que le fueran rendidos honores el 3 de enero de 1891 por la tarde. El ataúd, de roble de la mejor calidad, llevaba en letras doradas su nombre, la fecha de nacimiento y la de defunción. Por la mansión pasó lo mejor de la sociedad ateniense y el cuerpo diplomático. Desde Alemania la emperatriz, la ciudad de Berlín, los Museos Imperiales, la Academia de Antropología y otros organismos enviaron coronas, al igual que los reyes de Grecia, los consulados alemán y americano, la colonia griega de Nápoles, el ministerio de Educación, la Sociedad Arqueológica griega y muchas otras instituciones. El entierro tuvo lugar el día siguiente, 4 de enero, con asistencia de los reyes y demás autoridades, depositándose el cuerpo en una tumba provisional. Es probable que en el ataúd figuraran las condecoraciones que había recibido en vida, y que dentro se colocaran los ejemplares de la Iliada y la Odisea que le habían acompañado en vida. Tal vez entonces se iniciaran las obras del mausoleo. Sea como fuere, el recibo de enero de 1892 da a entender que, un año después, se procedió al traslado del cuerpo a su destino definitivo. Ese día se celebró un nuevo funeral, al final del cual, tras cerrarse la puerta, su mujer Sofia alzó la voz y recitó en voz fuerte y decidida los versos finales de la Iliada, el lamento de Andrómaca y Hécuba ante el cuerpo sin vida de Héctor.

El mausoleo, que aún hoy puede admirarse en el mismo emplazamiento, consta de tres cuerpos dispuestos en tres niveles. El cuerpo inferior está formado por un podio de 6 hileras de sillares almohadillados ejecutado en mármol del Pentélico de color gris-

“La elección del material, el diseño y la decoración del panteón han de entenderse como un auténtico testamento visual, en el cual quiso mostrarse en todo su esplendor para que las generaciones futuras pudieran seguir admirándolo”

azul oscuro de 2'68 m de altura, 7'02 m de longitud y 5'20 m de anchura. El segundo cuerpo, en mármol blanco del Pentélico, como el Partenón, consiste en una especie de plinto de 1'71 m de altura, 6'25 m de longitud y 4'40 de anchura, que sirve de base al templete que corona el monumento. Lo conforman un crepidoma de tres escalones, de 1 metro de altura, y un friso corrido de 60 cm de altura compuesto por ocho placas de mármol. El tercer cuerpo lo forma el templo dórico anfipróstilo y tetrástilo, también de mármol blanco del Pentélico, de 3'5 m de altura, que se asienta sobre otro crepidoma de 4 escalones, el más bajo de las cuales sobresale ligeramente, con una anchura de 2'7 m y una longitud de 4'49 m. Hacia la mitad del crepidoma, en la cara principal del mausoleo –la oeste–, descuelga un busto de Heinrich Schliemann, representado como un hombre de avanzada edad. El busto descansa sobre una viga de mármol que atraviesa el monumento en toda su longitud y termina en la cara posterior, donde debería figurar el busto de Sofía, según el esbozo original, pero que nunca llegó a realizarse. Las columnas del templo alcanzan los 1'54 m de altura y están hechas de un solo bloque de mármol, con 20 acanaladuras. Por encima van los capiteles y el arquitrabe, que sostienen el friso con las metopas y triglifos –11/12 en el lado largo y 6/7 en el corto respectivamente–, rematados por un frontón carente de decoración, del que sobresalen las acróteras en forma de palomas con las alas extendidas, así como antefijas de cabeza de león.

El templete dórico carece de cualquier abertura. La única puerta se

encuentra en el podio, en la fachada principal. Se trata de una abertura de 2'42 m de altura, 1'4 m de anchura y 0'57 de profundidad, hecha de bloques monolíticos, de manera que recuerda la entrada del *stomion* del Tesoro de Atreo excavado por Schliemann en Micenas. La abertura se cierra con una puerta de hierro decorada en relieve y aplicaciones en bronce con espirales iguales a las de la cámara secundaria del tholos de Orcómeno, excavado por el matrimonio Schliemann. Sobre el bloque del dintel de la puerta una inscripción reza: “*Velo el cuerpo del eminente Heinrich Schliemann. Procura imitarlo puesto que llevó a cabo grandes proezas*”. La inscripción, en versos hexámetros como los epigramas antiguos, había sido escrita en vida de Schliemann por Atanasios Rusópulos, profesor de arqueología de la Universidad de Atenas. No es ésta, no obstante, la única inscripción del monumento, pues en el arquitrabe figura una pequeña dedicatoria: “*al héroe Schliemann*”. Por otra parte, en la cara posterior, en el podio, una larga inscripción recoge los nombres de los miembros de la familia enterrados allí: Heinrich Schliemann y su mujer Sofía; la hija de ambos Andrómaca, junto con su esposo, Leontos Melás, y sus tres hijos, Miguel, Leandro y Alejandro, que murieron sin descendencia. Al parecer, también se enterró un familiar de Leontos Melás. Falta únicamente el hijo mayor, Agamenón, que murió en París en 1954 y no quiso ser enterrado en Grecia a causa de las desavenencias políticas que había tenido con el régimen griego y que le habían llevado primero a la cárcel y después al exilio. Agamenón Schliemann, como su padre, cumplía lo que

prometía y él juró no regresar jamás, ni siquiera muerto.

El friso, de 16 m, constituye el elemento decorativo más relevante del monumento, el que pone de manifiesto la intención de Schliemann al diseñar su mausoleo. En él resume y glorifica sus descubrimientos, a la vez que ensalza su propia figura como gran artífice de una nueva visión de Grecia. La cara principal, la oeste, muestra al rey de Tirinto, Preto, ordenando a los Cíclopes la construcción de la muralla. En la este, figuran tres escenas de la Odisea, la llegada de Nausica al palacio de los Feacios acompañada de Ulises; una figura de hombre con perro, interpretada bien como Eumeo y Argos, bien Ulises y Argos; y la muerte de los pretendientes por Ulises.

La cara sur presenta, en cambio, escenas de la Iliada. Empieza con el sacrificio de Agamenón a Artemisa en Áulide, le sigue una escena de batalla en Troya junto a las naves griegas y otra entre griegos y troyanos por el cadáver de Patroclo, y acaba con el sacrificio de Electra, acompañada de Orestes y Pilades, junto a la tumba de Agamenón. Cierra el ciclo la cara norte que, a diferencia de las anteriores no ilustra episodios míticos, sino hechos reales. En esa cara se reproducen instantáneas de las excavaciones de Schliemann en Micenas –la Puerta de los Leones–, Tirinto –las casamatas–, Orcómeno –la entrada al tholos– y Troya –una de las puertas de la muralla–, si bien la secuencia se interrumpe en Orcómeno para dar paso a las figuras del matrimonio Schliemann. Heinrich, tocado con el

salacot, sostiene la Iliada en su mano, mientras lee un párrafo a su esposa. La secuencia continúa con una escena en la que varias personas tiran de un carro cargado con varias piezas descubiertas por Schliemann en Troya, una de ellas probablemente su fiel capataz Yiannakis.

Georgios Korrés, gran especialista en Schliemann, supone que Schliemann y Ziller se inspiraron en los dibujos de la Iliada y la Odisea del ilustrador inglés John Flaxman para diseñar las escenas de los frisos. De hecho, la comparación revela una similitud extraordinaria y no puede descartarse. Sin embargo, el hecho más importante, más allá de la inclusión de escenas de la Iliada y la Odisea, absolutamente lógicas en el sepulcro de un admirador de Homero, es la inserción en un mismo plano del tiempo mítico y el tiempo real. Schliemann se presenta a sí mismo como un héroe homérico, al situar sus actuaciones al mismo nivel que las hazañas de los griegos combatientes en Troya. Considera que sus descubrimientos son dignos de figurar en una alabanza heroica.

El detalle final de este programa decorativo orientado a ensalzar su persona lo ponen los relieves de las metopas, que representan distintas piezas cerámicas halladas en Troya. En total, aparecen 33 piezas, aunque algunas se repiten con pequeñas variantes, más un curioso trípode chino de bronce, que Schliemann había usado como elemento de comparación. De este modo, Homero, Troya y los héroes griegos acompañan al difunto en un panegírico que sigue las pautas de

monumentos funerarios antiguos, especialmente los de época helenística. Es evidente la semejanza del mausoleo con el de Halicarnaso y, sobre todo, con el Monumento de las Nereidas de Janto. Con este último comparte la presencia de un templete –jónico el de Janto– y un ancho friso bajo el mismo. Es curioso que Schliemann, pese a elegir columnas de tipo dórico, optara por un largo friso corrido propio del orden jónico. Es muy probable que comprendiera la fuerza visual que podía tener un friso de estas características, sobre todo si se colocaba en alto. Así, su contenido sería visible desde la distancia y el mensaje que pretendía transmitir conseguiría llegar de manera más efectiva.

Su valor como obra de arte | Del interior del mausoleo se sabe muy poco, salvo los detalles que aporta el testamento sobre la decoración pompeyana y la bóveda, que al parecer se encuentra en el lado este. Por las descripciones publicadas en periódicos alemanes de la época, se deduce que los nichos para la familia estarían situados en los lados norte, sur y este, mientras que Schliemann, y acaso su mujer, reposarían en una cámara subterránea toda recubierta de mármol, de 3'35 m de altura y 1'80 m de anchura. En el año 1990, con ocasión del centenario de la muerte de Schliemann y la celebración de un magno congreso en Atenas, se llevaron a cabo varias ofrendas en el mausoleo, si bien nunca se ha vuelto a abrir tras el deceso del último miembro de la familia, Alejandro Melás, en 1969.

Si algo demuestra el mausoleo de Schliemann, aparte de su valor como

obra de arte, exponente del neoclasicismo alemán importado a Grecia en el siglo XIX, es la gran capacidad que su ocupante tenía para conseguir transmitir a los demás la imagen con la que deseaba ser identificado. Lo había hecho en vida. Y logró hacerlo también tras su muerte. La cuidada planificación de la estructura y decoración del mausoleo nos revela un hombre buen conocedor de la antigüedad, que supo sacar provecho de ella para proyectar su imagen y presentarse ante coetáneos y venideros como un héroe moderno capaz de codearse con los grandes héroes del pasado, pues sus hazañas eran igualmente dignas de mérito. No es extraño que las proporciones del monumento, en particular las del templo dórico que remata el mausoleo, se correspondan con las del Partenón. La imitación del pasado era el medio más eficaz para modelar esa imagen de nuevo héroe digno de admiración por sus logros, como subrayan las inscripciones. Tal vez tengan razón quienes lo acusan de megalómano. Sin embargo, su megalomanía puede entenderse como expresión de una fiera voluntad de superación, necesitada de reconocimiento. Si Schliemann descansa hoy en un soberbio panteón, lo es por méritos propios. Todo lo consiguió con su ambición personal y arduos años de trabajo, por más que empleara métodos poco ortodoxos en ocasiones. Quizá por ello su mirada desafiante destaca aún en el rostro del busto que decora la cara principal del mausoleo y recuerda al paseante que él alcanzó la gloria en vida y se enorgullece de ello. ■

Una ubicación privilegiada

Schliemann quiso que su panteón causase asombro a los visitantes del cementerio

El terreno que Schliemann adquirió en el Cementerio Principal de Atenas, situado en el actual barrio de Pangrati, se alza sobre una pequeña elevación a la izquierda de la entrada del cementerio, dominando un amplio panorama que incluye los panteones principales a sus pies y, fuera del recinto, el templo de Zeus Olímpico, la Acrópolis, la colina de Filopapu y el mar al fondo. En esa fecha, el emplazamiento debía de ser aún más impresionante, pues el entorno no estaría tan urbanizado y la colina adquiriría el aspecto de un observatorio. La elección fue pues consciente. Esa posición privilegiada permitía que el monumento se viera desde lejos y fuera admirado por su belleza y majestuosidad, causando el asombro de conciudadanos y viajeros, algo que Schliemann siempre perseguía. Ese gusto por lo majestuoso e impactante lo había demostrado años atrás al adquirir los terrenos para su mansión, justo al inicio de la calle principal de la nueva ciudad de Atenas -Odós Panepistimiou- muy cerca del entonces palacio real, hoy sede del Parlamento griego en la Plaza de la Constitución (Plateia Sintágmatis). El edificio, actual Museo Numismático, era una impresionante mansión de tres plantas con jardín, que Ziller construyó en tiempo récord (1878-1880), en un estilo que combinaba elementos renacentistas y neoclásicos. Durante muchos años fue el edificio más elegante de Atenas, signo inequívoco que Schliemann había acertado plenamente.



El panteón se sitúa en el cementerio ateniense, posibilitando que el monumento se vea desde lejos.